

C. BAYLE

Biog. 2

BELISARIO PEÑA

(Publicado en la revista de ESTUDIOS)



BUENOS AIRES

R. HERRANDO y Cia., impresores, 25 de Mayo 140

— 1915 —

C. BAYLÉ *S. J.*

BELISARIO PEÑA

(Publicado en la revista de ESTUDIOS)



BUENOS AIRES

R. HERRANDO y Cia., impresores, 25 de Mayo 140

— 1915 —

BELISARIO PEÑA

Por septiembre de 1910, en una quinta de los alrededores de Quito tuve el gusto de saludar a uno de los hijos de Belisario Peña: había yo leído algunas composiciones de su padre, ya manuscritas, ya publicadas en revistas o cuadernillos sueltos: y por aquellas pocas muestras sacaba yo que Belisario era un poeta de verdad, cuyas obras merecían los honores de coleccionarse incomparablemente mejor que tantos y tantos abortos literarios como atestan los anaqueles de librerías y los escaparates de quioscos de lecturas. Pregunté, pues, a su hijo cómo no habían procurado publicar sus obras completas y me contestó que, en efecto, tenían ya preparada la edición y en poder del eximio escritor Rufino Cuervo, que en vida del poeta ya se había ofrecido a anteponerle un estudio crítico. La enfermedad, que llevó al sepulcro al insigne lexicólogo y cortó sus otros trabajos, impidió también éste: y a fe que es de sentir; con cariño de paisano y amigo y con el exquisito gusto de artista nos hubiera dado Cuervo un retrato acabado del poeta y de la poesía; y su firma, tan acreditada en el mundo de las letras, hubiera sacado el nombre de Belisario Peña de las angostas fronteras de su patria natural y de su patria adoptiva y le hubiera colocado en el puesto que se merece entre los vates del mundo nuevo. Porque la verdad es que fuera de Colombia y del Ecuador apenas si suena su nombre: algunos versos desperdigados en tal cual revista o antología nada más; el P. Gómez Bravo en el tesoro poético copia las odas a San Luis y a León XIII, que ni siquiera son las mejores.

No tenemos hombres ni tiempo para acometer la empresa fracasada en mal hora; pero si imaginamos hacer buena obra a las letras hispano-americanas en dar a conocer un poco al egregio poeta fuera de su patria. Miserable y desmejorada será la semblanza, como salida de pinceles tan toscos y mal aliñados como los nuestros; pero no pretendemos sino señalar la mina; no faltarán esforzados ingenios que trabajen por desenterrar y sacar a plaza todas sus riquezas. Para este intento más que nuestras palabras, cree-

mos harán al caso las del poeta: de aquí — lo confesamos ya desde el principio — el multiplicar y alargar las citas más allá de lo que en artículos literarios se sufre.

En tres clases pueden dividirse las composiciones de Belisario Peña: elegíacas, patrióticas y religiosas; los tres amores que empapaban el alma del poeta fueron casi los únicos móviles que le pusieron la lira en las manos y arrancaron de sus cuerdas suavísimas armonías; ¡sólo una composición tiene al amor terreno y a la belleza corporal: «El Festín»; total diez y seis versos! y esos castos: rasgo verdaderamente característico, y honradísima nota entre los poetas americanos, que, salvo honrosas excepciones, tienden con exceso a ese argumento resbaladizo. La fe cristiana es el soplo vivificador que creó su fantasía y su corazón y de ahí que todos sus cantos salieran rebosando sentimiento puro: para la Musa de Belisario puede decirse que no hubo otros campos de inspiración que los sombreados por la Cruz:

Si nunca al crimen yo, si a vil grandeza
jamás orgullecí con mis cantares,
ni a guerrera proeza
tributé gloria, pueda en tus altares
sonar mi lira, con tu nombre ufana.
indoeta, humilde, pero no profana.

Ni la impiedad proterva o duda inerte
o indiferencia helada me apagaron,
el Sol de viva Fe; nunca albergaron,
como en cavernas, en la mente mía
miedo y tinieblas, a pesar del día. (1).

Elegías. — Belisario Peña, retirado por completo de la política, cosa no fácil ni ordinaria en los borrascosos tiempos que han atravesado aquellas repúblicas, circunscrito a la vida íntima del hogar, al estrecho círculo de sus amistades, se explica que sintiera como pocos el último adiós que a las puertas del cementerio daba a los que en vida había tenido metidos en el alma. Cada golpe que la muerte daba en su derredor repercutía en su corazón y le hacía manar sangre; y buscando consuelo en sus cantares exhalaba su dolor en sentidísimos conceptos, templados siempre con la esperanza melancólica de la pronta y eterna reunión en

(1) A María en la solemnidad del 30 de mayo.

el cielo. Belisario, con frases de añoranza cariñosa, evoca la imagen viva del difunto amigo, conversa con ella, olvida que la separación es eterna hasta que este recuerdo viene al fin a restregar la no cerrada herida y a cambiar en ayes apenados el idilio fingido:

Me engaña todavía
la verdad de tu muerte; y a la hora
en que tu amor solía
buscar mi compañía
me causa el aguardarte
de espectación con ansia veladora.
Oigo tus pasos ya; voy a estrecharte...
¿Por qué mi amigo tarda?
¿Por qué me habrá olvidado?
Y al fulgor vespertino,
fiel a antigua costumbre, el paso inclino
a donde pienso que tu amor me aguarda,
y voy en mi error ciego,
y me encamino a tí; más... ¡nunca llego! (1).

Todo le habla del perdido bien: la espesura de los dos frecuentada

...allí me siento
del sauce bajo el domo de verdura,
y repaso las pláticas suaves
que acompañaba el susurrar del viento.

La campana que de la torre vecina envía sus acompasados toques a los valles y cerros parece llamar al ausente para juntar ambas voces en la salutación angélica: la grama del asiento aun marchita, el arrullo de la paloma regalada, los entreabiertos capullos de las flores regadas por las manos que paralizó la muerte... todas estas cosas renovaban en el alma del poeta el dolor no acallado y sentía crecer su cariño hacia el bien perdido:

La viola que regaste, a dar aroma
brotó ya del capullo;
hambrienta de migajas tu paloma
te busca aún con gemidor arrullo,
¡Si estuvieras aquí! ¡Cómo endulzara
mi voz blando cariño!

(1) A la memoria de D. Julio B. Enríquez.

¿Qué te dijera yo?... ¿Qué?... Me embargara
Ebrio de amor y retozón cual niño... (1).

Véase íntegra la Silva a la memoria de Julio Benigno Enriquez, véanse los cincelados tercetos a Cornelio Crespo Toral, precioso joyel cuyas vislumbres no amenguarían ni al lado de los de Andrade; y por todos ellos corre un aire melancólico de pena hondísima, unos ayes del corazón leal y sincero que se siente solo, muy solo, sin la compañía del ser perdido: pero en medio de esa soledad, en medio de ese «aire vestido de negruras» hay un punto luminoso en que siempre van a posarse los ojos de ver lacios

abiertos más y más cuando te buscas
por los golfos de luz de los espacios! (2).

Y ese punto luminoso es el resplandor de celeste felicidad con que ve orlada la frente del amigo, es la esperanza firmísima de abrazarse de nuevo con él, y engolfarse en su compañía en el piélago de la Insondable Hermosura de su Dios, de cuyas riberas nos aparta el frágil muro de la carne:

Tiéndeme, pues, la diestra: ca, vamos
a donde a estar contigo Dios me llama:
¡No es vida el respirar sin los que amamos,
ni es muerte ir a vivir con quien nos ama! (3).

Y así terminan más o menos explícitamente todas las elegías de Peña:

¡Adiós! ¡oh Julio! adiós!... mas no el eterno
adiós sin esperanza;
he de estrecharte aún ante el supremo
trono de Dios que tu amistad me afianza.
Es verdad; no lo dudo: habré de verte
siempre, siempre, jamás sin que temamos
de ingrato olvido la segunda muerte.
Raye por fin el día, brille la hora
de mi noche de penas redentora;
llegue pronto, y estrechos los dos ramos
a donde en vena rica
sin saciedad bebamos

(1) A la memoria de Francisco O. Barrera.

(2) Ibid.

(3) A la santa memoria de D. Cornelio Crespo Toral.

(yo guiado por tí) la viva fuente
de amor que glorifica
no en pobre manantial sino en torrente. (1).

El perfume de resignación y esperanza cristiana que está diluido en todas sus estrofas las eleva aun artísticamente muy por encima de cuanto en el mismo género salga de pluma filosófica: compárese el acabar de la Despedida a las Musas de Moratín, con el acabar de cualquiera elegía de Peña; qué diferencia con aquel enfático y excéptico: «Flébiles tonos»... Esto da frío en el alma! Porque fría, muy fría la debió tener Moratín al escribirla, como lo estará la de cualquiera que asome al borde del sepulcro y para consuelo del payoroso más allá sólo tiene cuatro mirtos y movibles cañas y los «flébiles tonos» de las musas!

Y cuando el muerto era un niño inocente que pasó volando por el mundo sin manchar la planta en sus lodazales, el canto fúnebre se convierte en canto de triunfo y la hermosura de aquel capullo entreabierto, de la inocencia llevado por los ángeles ante el trono de Dios, parece secar las lágrimas del poeta para que sus ojos vean mejor la felicidad tan pronto y tan sin costa conseguida; y a pesar del corazón los labios no se entrecierran para exhalar ayes sino jubilosos aleyas.

Si mi doliente labio
cantar ahora pudiera,
himno de triunfo fuera
el que debiese al viento derramar,
porque apenas venida
al mar de las tormentas,
lo miras y te ausentas;
oh! morir como tú, niña, es triunfar! (2).

Es que el poeta tenía muy metido en el alma que: Sólo es dichoso el que muere

de la inocencia en la paz
y no lleva al pie pegado
el vil polvo terrenal. (3).

Y si ese angelito era el hijo de su corazón, la lumbre de sus

(1) A la memoria de D. Julio B. Enríquez.

(2) En la muerte de la niña Rosa Checa.

(3) A su esposa en la muerte de su primogénito.

ojos, el fruto primero de sus amores, el amor de padre y la fe de cristiano parecen batallarle en el pecho; pero la victoria siempre está por la fe:

A un recuerdo, señora, de sus ojos
el sidéreo mirar; aun veo ahora
en ambos labios rojos
las tintas sonrojadas de la aurora,
y entre albor de azucenas dulcemente
la inocencia riéndole en la frente.

Aun hoy de llanto ciego, y desatando
con sollozo el aliento en la garganta,
trémulo voy alzando
el paterno holocausto a tu ara santa.
¡Lo aceptas!... ¡Ah! me embarga de alegría
el gozo de ofrecértelo, María. (1).

No queremos cerrar este párrafo sin citar siquiera de paso la preciosa elegía a su nieto Eduardo. Las virtudes modestas de la hija, sus facciones copiadas en el huérfano:

Vislumbre de mi sol puesto en ocaso,
de mi muerto rosa! botón florido...

la memoria de aquellos días en que pequeñita la adormía en sus brazos, la inconsciente desdicha del niño que no llora el bien perdido porque no lo conoció, el frío que el anciano siente en la proximidad del sepulcro y el ansia de buscar calor para su corazón medio yerto y beber vida en aquellos ojos que a ella empiezan a abrirse; toda esta poesía del hogar, todo este mundo de delicadezas para las almas que sienten, y de trivialidades para las almas vulgares lo presenta Belisario como él sabía hacerlo. ¡Qué hermoso contraste el del anciano fatigado en los caminos de la vida y el niño que alegre entra por ellos!

¿Por qué lloras, mi Eduardo?... Enjuga el llanto;
tal vez porque lloré te entristeciste;
pero fué de ternura... ¡Te amo tanto!
¡Y es tan tierno el amor cuando está triste!
Recuéstate, adorado, aquí en mi pecho,
que ya el velo de sombra nos cobija;

(1) A María en la solemnidad del 30 de mayo.

duerme cual siempre, al corazón estrecho,
¡ay! en los brazos do durmió mi hija.

Viéndote así dormido entre mis brazos
me embebece tu angélica belleza:
rómpanse al punto los corpóreos lazos,
y en otra vida mi vivir empieza...

¡Si allá fuéramos juntos, yo el maduro
fruto vano de estéril existencia;
tú la azucena cándida: yo puro
con el dolor, y tú con la inocencia!

Más tú, niño, en quien beso los despojos
de mi enterrado amor, un punto el día
de mi vivir alarga, y en tus ojos
haz que me hable tu madre todavía.

No me dejes, mi bien... ¡Ay! sólo quiero
que en tí se apague mi mirada incierta,
para llevarme como bien postrero,
tu imagen viva en mi pupila muerta.

Patrióticas. — Pocas son las composiciones de este género, pero de primera: la vena de Belisario, que de ordinario corre tranquila y solemne, ya por risueños bosques, ya por melancólicas riberas bordadas de cipreses, aquí parece que se hincha y se precipita arrebatado por el entusiasmo, y su lira parece quererse escapar de las manos para ceder el puesto a la espada. La composición «A mi patria», escrita a raíz de una desgracia y de un crimen, de los más negros y de peores consecuencias que han manchado el suelo de Colombia, respira sangre: sus versos huelen a pólvora — como dijo Menéndez Pelayo de los de Arboleda — ya cadáveres hacinados.

El caballero Arboleda caía asesinado en las montañas de Berreucos, por la mano de la revolución, que no pudo domeñar su valor en el campo de batalla ni su elocuencia en la tribuna. El radicalismo encarnado en Mosquera pisoteó las instituciones nacionales, se burló impunemente de la fe católica tan hondamente arraigada en el pecho de los colombianos, y dejó la República... como la suelen dejar esos déspotas encaramados de golpe y porrazo en el sillón presidencial. Entonces fué cuando la indignación

del poeta estalló en arrebatados versos a su patria aherrojada «en las cadenas que forjara el crimen».

Y si por ventura, Patria mía,
cual polvo vil a oscurecer el cielo,
su trono alzó execrable tiranía
de libertad en el sagrado suelo;
si pudo la corona arrebatarte,
prez de tu sien, su pompa y su decoro,
y al fango dar para ignominia tuya
rotos el cetro y la diadema de oro;
y si para adornar salvajes triunfos
de hierro se corona,
y alza ostentando en horroroso arreo
de escombros y cenizas el trofeo
en que sus triunfos Némesis progona,
Colombia, humilla la altanera frente...

Y al recordar los días de pasados esplendores, los días en que
por ganar a la patria glorias

Guerreros y poetas emulaban,
y en el altar alzado a tus victorias
laurel sobre laurel amontonaban;

al comparar aquellos tiempos con los presentes en que

nombre, solio, pendones y tiaras,
todo yace en vil polvo mancillado!;

al recorrer las horribles orgías cometidas a costa del poder de religiosas ultrajadas, de la Cruz veneranda arrastrada por los suelos, de las persecuciones que arrojaron al destierro a centenares de pacíficos ciudadanos, ve el rayo de la divina justicia vibrar en el aire, y el amor filial tiembla por su madre:

Verdad severa,
tú mostrarás en espantoso ejemplo
qué de miseria a la nación espera
que rompe el ara y que derriba el Templo!

Qué sublimemente lúgubre es la estrofa en que prevee la horrible carnicería fratricida que manchará el suelo colombiano!

Venid, cuervos hambrientos, ya está pronto
el banquete de sangre, apresuraos
al rojo campo de la muerte impío:
para todos habrá; venid, saciaos!

Leed aquella otra en que comentando el traidor asesinato el cristiano llora al adalid católico de su patria, el artista lamenta al gran poeta, el de versos más de acero, caído en mitad de su carrera:

De éstos, en pobre túmulo encerrado.
Sin nombre ni inscripción, yace ¡oh vergüenza!
El Cantor de Gonzalo y de Pubenza.
Allí la patria Musa, dada al lloro,
del cuello arrancan las brillantes galas,
vela la faz con los cabellos de oro,
y recogidas las lucientes alas,
la voz negando al numeroso metro,
depone el lauro y despedaza el cetro;
y allí la fama justiciera grita:
«Postrar pudisteis su robusta diestra,
su gloria nó; murió cual muere el hombre,
mas para afrenta vuestra,
borradlo, si podéis, queda su nombre».



Cuarenta años más tarde, la diplomacia poco escrupulosa de los Estados Unidos rompió en girones el manto de Colombia; y para facilitar la apertura del Canal declaró independiente el pedazo de territorio nacional que la dignidad no consintió en vender: aquel rudo golpe repercutió en el anciano corazón de Belisario Peña, y sus ya lacios dedos, crispados por la indignación, arrancaron de su lira acentos tan valientes como éstos:

Madre Colombia, en potro de tormento
contigo puesto estoy; vuélvete y mira
cuál vibra en mí tu indignación, ¡cuál siento
el amor que te adora hervir de ira!

Esoz que hoy besan extranjero yugo
son de Esaúes hambrientos vil escoria,
que vendieron por menos de un mendrugo
la herencia del honor y de la gloria.

Esos no oyeron el marcial arrullo
de la Gloria en tu cuna, ni los nombres
de tus héroes supieron, ni el orgullo
del patrio honor probaron... ¡Ni son hombres!

¡Sacrilogos que así despedazaron
el noble pabellón que nos abraza,
y de cuanto hay sagrado renegaron:
Religión, patria, lengua, nombre, raza!

Porque la Patria que en honor se inflama
 no quiso al «yankee» avasallar sus cuellos;
 por que la Patria, que aun a ingratos ama,
 negó el venderlos. . . ¡Se vendieron ellos!
 ¡No sufren el ser libres! solicitan
 los siervos ser de la codicia ajena.
 ¡Pobres almas de esclavo, necesitan
 los azotes, los grillos, la cadena!

A su patria adoptiva, al Ecuador, donde residió desde los veinticinco años y donde fundó su hogar y su familia, dedicó dos composiciones sobre el mismo asunto: asunto sobremanera parecido al que engendró la oda «A su patria»; ambas composiciones, un himno y un soneto ensalzan al egregio varón, el más grande acaso que ha visto América, el modelo casi único en los tiempos modernos de gobernantes católicos a macha martillo, caído también como Arboleda bajo el golpe traidor de la perfidia revolucionaria, García Moreno; el himno es bastante flojo: cuatro elogios de esos que se tributan a cualquiera, en versos bastante ordinarios. El soneto es un acabado retrato del gran hombre: queremos copiarlo íntegro:

Nació para Señor: con altiveza
 de rey pudo imperar desde la cuna;
 nada a nadie debió ni a la fortuna,
 y a su ambición sobró su fortaleza.
 Brazo de héroe, de genio la cabeza;
 así a su patria amó que, una por una,
 de abrirle no dejó senda ninguna
 del trabajoso bien y la grandeza.
 Y le odiaront... y aun hoy del execrable
 crimen... Callad! A indignación movido
 maldice el mundo el caso miserable;
 y el pueblo, a eternizar agradecido
 su alta memoria en mármol perdurable
 ¡puso el cincel en manos del Olvido!

Entre las composiciones patrióticas debe también contarse la oda al establecimiento de la Sociedad Bibliográfica de América, que en versos fáciles, armoniosos, celebra las glorias literarias y científicas del Nuevo Mundo:

Aquí también, América, tú crías
 En tus fecundas zonas,
 Vates como los Vates de otros días,

que de mirto o laurel tienen coronas:
 aquí también desata en armonías,
 La lira su conuento,
 y el son de épica trompa, anima el viento,
 Baralt, el que a tierra española
 enseñaste la lengua de Argensola.

Bello, Caro, Maldonado, Caldas, Heredia, Olmedo el cantor de
 Junín... por quien mira la patria agradecida

su gloria pregonando, y su denuedo
 cántos que les darán eterna vida,

van desfilando en las estrofas del poeta que se enorgullece justamente con estos gloriosos hijos del suelo americano. Pero en esta composición como en otras similares (Belisario Peña era sumamente buscado para las veladas literarias) la inspiración no se cierra muy alto. La fantasía de Peña era algo vaga, veía su objeto algo de lejos, y por eso en sus imágenes no se siente bullir la sangre, ni se pueden palpar los músculos. Véase su preciosa oda, que lo es ciertamente, «A los discípulos del Colegio de la Compañía» en la distribución de premios, y compárese con la parecida de Meléndez «A las artes», aquella copia del Pasma de Sicilia, aquel retorcerse los nervios de Laocoonte, entre los anillos de las serpientes, aquella reproducción exacta del modelo que parece meterse aquí tan de golpe por los oídos, como allí por los ojos, no hay que buscarlo de ordinario en Peña. Cuando no hablaba su corazón sino su mente, era más humanista que otra cosa: decía cosas buenas y bien dichas, pero de esas que no requieren dotes excepcionales, sino imaginación florida y atildado gusto: lo cual jamás le faltó.

Religiosas. — «No hay cosa tan fría como cosas devotas en verso cuando no es muy escogido y limado... porque por nuestros pecados tenemos tan extragado el gusto para todo lo que es Dios y virtud que para poder tragar lo que de esta materia se nos dice es menester dárnoslo con mil salsillas y sainetes y muy bien guisado, y aun Dios y ayuda, que así lo podamos comer». Estas palabras del galano escritor Fr. Malón de Chaide, nos explican por qué recibimos con recelo cualquier libro cuyo título sea «Poesías religiosas». Y la verdad es que más de cuatro veces nos dan harta razón para ello esos copleros insulsos que tan pocos respe-

que implora misericordia... todo esto ha brillado a sus ojos con reverberos de belleza, de todo esto ha exprimido quinta esencia poética y nos la presenta en versos cincelados como un pomo del renacimiento...

Y en este santo suelo bendecido
que guarda del creyente la ceniza,
el juramento eterno se pronuncia
que al amor inocente diviniza:
tímida virgen con la sien orlada
de flores pudorosas,
viene temblando al ara consagrada,
de su mejilla sin color las rosas;
revuela al aura el transparente manto,
tiende su mano de jazmín, y brilla
risa en sus labios, y en sus ojos llanto.
Dios! en tu nombre eterno
la unión que estableciste se renueva,
y ora bendices con amor paterno
a Adán cristiano y a su virgen Eva!

Qué melancolía tan suave en la descripción de la viuda que viene a consolar su amor truchado sobre la losa que cubre a su marido!

En las sombras de nave solitaria,
puesta de hinojos y doliente y muda
sobre una blanca losa funeraria
vierte su llanto la infelice viuda.
Es el dolor vivísimo y profundo
que su desierto corazón devora,
dolor que a consolar no alcanza el mundo,
dolor que alivio en el dolor implora,
mientras el tierno niño,
el oro de sus rizos dado al viento,
sonríe con cariño,
esquivo de la madre al llamamiento,
y retozando inquieto y bullicioso
muestra a la viuda en su infantil semblante
las queridas facciones del esposo
y las sonrisas del perdido amante...

Treinta años más tarde, el autor quiso rehacer el trabajo; la refundición no terminada tiene positivas ventajas sobre la primitiva forma; más pompa, más lujo de descripciones; añadióle un elemento sumamente poético que falta en la primera, la actividad humana; esta mezcla de ambos elementos el religioso y el humano

que tanta vida da a la inimitable composición de Schiller, «La Campana», que parece quiso imitar Peña, hubiera abrillantado sobremanera la empezada redacción y hubiera suplido con creces la ausencia de la primitiva sencillez:

Trabajad! trabajad!: espigas rubias
 volverá la simiente
 el seno de la tierra generoso,
 si baja a fecundarlo, más que lluvias,
 tibio el sudor de maldecida frente.
 ¿No veis con qué frondoso
 verde el campo se alegra y se recrea?
 Ya la espiga apuntó; ya amarillea;
 ya el collado anda en ondas bullicioso.
 Cual lluvia de oro a las redondas eras
 el grano caiga ya, por uno ciento,
 y crujan con su peso las paneras,
 y a pesar de férrea arca el escondido
 tesoro disminuya al avariento.

¡Trabajad! trabajad!, que complacido
 Dios la labor bendice: la fortuna,
 corruptora deidad, no fué quien grata
 de imperios grandes arrulló la cuna.
 Más que el oro y la plata,
 más que la espada y triplice el escudo,
 el brazo al arado hecho
 rendirte, oh Roma, el universo pudo.

Dos objetos atraían como poderosos imanes el corazón de Peña, y en la contemplación de ambos se embebecía su alma y se encendían sus afectos: el Corazón de Cristo y la Belleza de María Inmaculada: para ambos tiene raudales de poesía, pero que corren por muy diverso cauce. Al lado de Cristo iba Belisario en busca de su alma: iba a consolarse o a consolar el amor de Cristo casi siempre despreciado y casi siempre coronado de abrojos:

Cálmate, corazón... ¿Por qué envenenas
 tus llagas con el odio que devora?
 Si muchas son, si amargas son tus penas,
 humíllate y adora.

No vayas a cambiar dentro tu pecho
 el asiento pajizo de tu amado
 de furibundas víboras en lecho,
 donde reine el pecado... (1)

(1) Al corazón de mi divino Salvador.

La Sagrada Eucaristía, manantial de dulcedumbres no soñadas por los sentidos, sobre todo para el niño inocente que por primera vez se adelanta a hospedar en su pecho al Divino Huésped, embelesaba al poeta y le hacía entonar himnos rebosantes de agradecimiento y cariño: sus composiciones «A mi hijo en su primera comunión», «A la primera comunión» son primorosas; por supuesto el asunto no es nuevo, y de ahí que se repitan con frecuencia los mismos conceptos aunque vestidos con distinto ropaje: es imposible otra cosa. En un cuadernillo suelto publicó en Quito, con un prólogo del Ilmo. Manuel M.^a Pólit, hoy Obispo de Cuenca, siete sonetos eucarísticos: «Transubstanciación», «Dios en la Hostia», «Dios en el alma», «Poder del amor», «Silencio de Jesús profanado», «Luz entre tinieblas», «Muerte de amor»: son siete filigranas acabadísimas: copiaremos para muestra el quinto:

 Cuando exhausto Jesús, con grande acento,
 desligó el alma del mortal vestido,
 se apagó el sol, y el orbe estremecido
 quiso arrojar al hombre de su asiento,
 Cuando el odio brutal brama violento,
 y te escarnece a Tí, Dios escondido,
 ni sol sin luz, ni mundo sacudido
 gritan contra el horrible atrevimiento.
 Y Tú, también, oh mi Jesús, callando
 en místico silencio sufrir quieres
 de plantas viles el ultraje infando...

 Ah, lo entiendo, Señor: en la Hostia eres
 el Dios de amor, y quien se arroba amando
 ni pregunta al sayón: «Por qué me hieres?»

Pero al lado de María, Belisario se acercaba como cristiano que corre a los brazos de su Madre y como artista que bebe inspiración y belleza en aquella que es cifra y compendio de la hermosura desparramada en el orbe «cual los fulgores de las piedras finas — junta y aviva en iris el diamante».

 Mi Madre: ¡oh dicha suma!... cuando rielan
 tus miradas en mi alma, y me regalas,
 hiérveme esos afectos que no vuelan
 de toscos verso en las rastreras alas.

 Eres la fuente viva que se espacia
 brillando al sol en inexhausta vena,

siempre a torrentes derramando gracia,
siempre de gracia rebosando llena. (1)

Ya desde joven, en la primera de sus composiciones: «El Templo», procuraba templar los impetus con que «el juvenil ardor se precipita — al ara indigna del altar profano» con la llama placida y ferviente del amor a María; y al buscar inspiración para su lira exclamaba: «dame el hallarla en tu sublime frente, dame beberla de tu seno casto».

Qué ideas tan profundas y tan bien dichas las tuyas al hablar de la Inmaculada!; qué bien supo dar con el venero de donde mana la belleza toda de la Señora! A sus ojos traslúcidos asoma

la que en el seno hospeda Luz radiante;
y el labio espira en celestial aroma
exhalaciones del Divino Infante.

Así del Sacro Templo salen fuera
visos de claridad y olor de incienso.
¡Ni qué recinto contener pudiera
la fragancia y la luz del que es Inmenso! (2)

No es, claro está, la pompa y lozanía de Zorrilla ni ciertos toques de afecto que sólo podían brotar de la riquísima fantasía y corazón ardiente del poeta Vallisoletano: la constitución fisiológica y estética de Belisario Peña era en todo más moderada; rara vez tenía arranques violentos: su cantar era una oración, como más arriba transcribimos del ltimo. Sr. Arzobispo de Quito, una oración empapada en suavidad y placidez: sus afectos no llegan a la mística región donde sólo águilas privilegiadas, como San Juan de la Cruz, pueden remontarse; pero sí se eleva con el placido vuelo de la paloma que huyendo de fangales tiende al hueco donde tiene su nido: y este nido era para Belisario el seno de María, y su ambición única retratar su imagen a los ojos de los demás para que todos se embelesasen contemplando lo que él contemplaba y adorasen lo que tan metido llevaba él en las entrañas:

Nunca avidez de fama y de memoria
punzóme el corazón con ansia inquieta;
quise sólo por tí, para tu gloria
las líricas centellas del poeta;

(1) Canto a la Inmaculada Concepción.

(2) Ibid.

que tú fueses el viento de la vela,
yo navecilla tímida que zarpa;
tú el ideal, y yo el que asirlo anhela;
artista tú, mi corazón el arpa. (1).

Con el cariñoso riego de este amor brotó nuevas flores el árbol seco por los años; el año jubilar de la definición dogmática publicó un poema bastante extenso sobre este misterio, y otra composición preciosa a la Inmaculada de Murillo: véanse como muestra los tres cuartetos siguientes:

Amable luna, que en opaco cielo,
sujeta a tu pesar por tensas bridas,
vas soñolienta en apacible vuelo,
enturbiando las sombras mal vencidas.
No eres tan bella en el azul celeste,
do tú faz bella, con su brillo estorba
el rutilar a la Sidérea hueste,
como al pie virginal humilde y corva...
Ella, La Inmaculada, al cielo vuelta,
auras divinas a raudales bebe;
dulce la faz, la cabellera suelta,
que el áureo ambiente ni a mover se atreve.

Eran las últimas llamaradas de su estro: apenas podía sostener el laúd y con todo apretábalo con cariño para seguir cantando a María:

Ya el mundo se me enturbia: lumbre flaca
da a mis ojos el sol que reverbera,
y entre la niebla que me envuelve opaca
la Eternidad, llamándome, me espera.
¡Voy ya!... Mas el laúd ronco, insonoro,
solaz de mi destierro y dulce amigo,
a cobrar melodía y cuerdas de oro,
estrecho al corazón irá conmigo.
Irá a la Patria do se limpie el llanto,
que le empaña el marfil — ¡Ya raya el día! —
¡Sea el asunto de su eterno canto
Tu Inmaculada Concepción, María! (2)

La Virgen oyó su petición, y su último canto fué en honor de María: el 20 de abril de 1906 obróse en el Colegio de Quito un

(1) Canto a la Concepción.

(2) Ibid.

prodigio atestiguado por innumerables juramentos: un cuadro de la Dolorosa movió repetidas veces los párpados en el comedor de los alumnos mientras éstos cenaban. Grande explosión de fe y religioso fervor causó en la ciudad la noticia: tras las informaciones jurídicas necesarias la veneranda imagen fué paseada triunfalmente por las calles y visitada en el soberbio templo de la Compañía por innumerable multitud que en diversas ocasiones aseguraba ver repetido el prodigio; el señor Belisario Peña por última vez arrancó a las cuerdas de su lira una sentidísima plegaria:

Vuelve otra vez, María
 los maternales ojos
 a los que aquí de hijos
 te piden compasión,
 ojos que fijos vieron
 morir escarnecido
 al mismo que ofendió
 fué precio del perdón.



Poco después su alma voló a engolfarse en la vista de Dios y la Virgen Santísima, la Reina de sus trovas y de sus amores debió complacerse en ceñir la laureada corona a su devotísimo bardo.

Lugar sería éste, si el justo recelo de no aumentar demasiado este ya indigesto centón de citas desmazaladamente hilvanadas, no nos detuviera la mano, de decir dos palabras sobre otras muchas composiciones religiosas que salieron de la pluma de Belisario: sus odas a San Luis, a San Juan B. de la Salle, a don Bosco — donde hay una bellísima descripción de la cristiana actividad de los Talleres Salesianos, — sus cantos a Pío IX, a León XIII, y Pío X y otras varias, pudieran ellas solas honrar un nombre: pero en el jardín poético de Belisario no son sino unas cuantas flores más, de suave perfume y de riquísimo colorido.

Algo prolijo hemos sido en las citas; pero para dar a conocer al poeta no bastaba nuestra palabra: algunos trozos entresacados de sus principales producciones dan más luz que largos razonamientos: en ellos pueden haber visto los lectores las dotes no vulgares, el exquisito gusto por el arte de Belisario Peña: lo que no han visto, al menos como se ven leyendo de corrida toda su colección, son los defectos; de los cuales el principal, inevitable en quien se encierra en círculo tan estrecho, es la repetición, cierta monotonía no en la forma sino en el fondo: verdad que son inagotables

los venenos de belleza artística encerrados en los objetos que Belisario cantaba: para desentrañarlos, para ir al fondo de esa mina y no contentarse con la riqueza que se halla a sobre haz, necesitase ahondar mucho, reflexionar mucho, o vivir en intuición constante: y las intuiciones aun en los genios son raras; suele, pues, Belisario volver con alguna frecuencia sobre los mismos pasos, vestir con diferente atavío, siempre brillante, los mismos conceptos; por eso cada composición de por sí vale mucho más que pareada con la siguiente. Faltábale también cierta sobriedad de expresión, cierta concentración de ideas que tanto nervio da a los versos de León: la misma abundancia de imágenes y colorido hace palidecer el cuadro: es propiedad bastante general de los poetas americanos que se resuelven pocas veces a emplear la poda en su floración tropical.

No somos nosotros de los que para juzgar el mérito literario de un autor toman un compás y con crítica que tan gráficamente califica «de Colegio» nuestro Menéndez Pelayo, van midiendo las palabras y pesando los epítetos con la misma gravedad con que un dómine examina la composición gramatical de su discípulo: para los tales el sentimiento estético es libro sellado. Pero ya desde niños aprendimos en Horacio que «neque studium sine divite vena-nec rude quid possit video ingenium: alterius sic-altera poscit opem res et coniurat amice».

La poesía es un arte y los artistas no nacen sino que se hacen: tratándose de la pintura o escultura v. gr. todos lo admiten; pero al llegar a la poesía algunos rechazan todo lo que huela a estudio, trabajo de cincel y de lima: no se contentan con que la naturaleza del poeta sea una cantera de rico mármol: pretenden que dé estatuas acabadas y perfiladas: para ellos el ideal del poeta, creo es idea del maestro Menéndez Pelayo, sería un salvaje de Nueva Zelandia con el pelo hirsuto y la barba hasta las rodillas que nos diese sus versos al desgaire como la selva virgen produce su pomposa vegetación. Sin la superstición de la forma, dijo el gran maestro de nuestros críticos, no hay poeta perfecto. Estas ideas practicadas, por los poetas que algo han valido, por los eternos modelos que Grecia y Roma, y las lenguas vivas nos legaron, miralas como añejas esa escuela que tanta riza ha hecho en los ingenios americanos: hacen gala — más en apariencia que en realidad, porque también ellos son supersticiosos de «su forma», — de romper toda

traba y de permitir a su inspiración que corra libremente a manera de potro bravo que no sufre espuela ni freno.

En Colombia y Ecuador conservóse la antigua tradición, y gracias a los esfuerzos de Gutiérrez, Ortiz, Caro, Pompilio Llona, Torral, Cordero y otros literatos, la bandera clásica aun se mantiene enhiesta y cubierta de Gloria. A esta escuela pertenecía Belisario Peña.

Sus versos están trabajados esmeradamente: tiene estrofas de corte leonino puro; y a la legua se conoce que el poeta teólogo de Salamanca había entrado de por mucho en su formación literaria: su oda «Vaguedad» es imitación manifiesta de la de Fr. Luis a Felipe Ruiz:

Quando será que abandonando el suelo,
como el ave cansada de la tierra,
levante yo audaz vuelo
a la región donde la luz se encierra!

O como al rayo bienhechor y claro
que del lugar do están nuestros hogares
lanza el fúlgido faro
se ve el hervir de atormentados mares.

La ley que las rechaza y encadena,
la mano que sus giros les señala,
que las mueve y enfrena,
y en equilibrio fiel su peso iguala.

Al sonido por qué lleva en sus alas,
y los aromas de la selva umbría
y las vistosas galas
con que colora al universo el día.

Se ve el empeño en redondear el período poético, escoge los epítetos, mide las palabras con fruición de artista que pule y retoca su obra, busca nuevos modos de decir y nuevas galas con que adornar un pensamiento vulgar o ya dicho otras veces. De ahí ciertos neologismos o latinismos esparcidos acá y allá en sus obras: «omniscio, nublo, prónuba, diva», «Perros rabiosos contra mí «furentes». «Basta, oh «Diva sentir para alabarte?» Estos esfuerzos para acicalar el concepto y variar la forma fácilmente pasan el lillo frontero del que se quiere evitar. En el verso últimamente copiado: «Basta, oh Diva...?» esa palabra diva aplicada a la Virgen de que separa la pulcritud y la afectación, y pueden dar en el esco-desvirtúa lo delicado del concepto. Más aún: en las mismas figu-

ras de dicción autorizadas por el uso, la parsimonia ha de ser grande: si se nota el empeño de substituir, v. gr., «murmullo» por «murmurio», como hace Peña, «surcar» por «sulcar», francamente el perfil «tenuísimo», si alguno hay, que una palabra lleva sobre la otra no creemos merezca la pena de huir la forma ordinaria. Otro tanto háse de pensar de ciertas perifrasis: «si corazón me existe», «puesto el semblante al ruego», «que a su furor esquiven cielo y tierra», «el divino» de un éxtasis en su faz», «profanar «el sublime» del dolor». Aquí ya no sólo el buen gusto sino hasta la sintaxis se resiente. No faltan tampoco, aunque son rarísimos, algunos versos duros: «O de do hirió el dolor con recios tiros», «Y la fraternal mano te estrechera», «Qué persuasivo era el consejo sabio!». . . Pero qué son media docena de versos, y acaso no lleguen, como esos, entre tanta galanura y tanta riqueza? Si «quando que bonus dormitat Homerus» difícil es que los demás se libren de algún cabeceo.

Hemos terminado esta semblanza literaria de un poeta poco conocido y de mucho mérito: es el primer poeta religioso de América; su personalidad artística, noble y honrada como la cívica, es digna de que la tengan muy delante de los ojos cuantos estudian la gaya ciencia y aspiran a ceñir lauros cortados en el Parnaso. Hoy sobre todo que la inspiración anda tan rastrera y se baja a beber en fangales pútridos donde sólo hierven gusanos y ponzoñosos reptiles; hoy que la forma poética alardea de presentarse desceñida y destocada (¡la delicada doncella de Cervantes convertida en Maritornes de mesón!), ora bravía y descarada, sin ley ni respeto a manera de verdulera en día de motín;

hoy que cunde aquel métrico lenguaje
que en la viciosa pompa del follaje
ni tiene hermosa flor ni abriga fruto; (1)

hoy más que nunca se agranda la figura moral, artística del varón que cerrados los ojos «a lo que el vulgo vil adora» y puesto el atento oído a las armonías que bajan de lo alto logró hacerlas resonar en las cuerdas de su lira en loor de todo lo grande y todo lo santo. ¡Ojalá que, guiados por ella, los ingenios aficionados al arte sepan hallar los veneros de belleza imperecedera y la fuente de levantados pensamientos que brotan de la Suma Belleza y del Bien Increado!

(1) Luis Cordero: Soneto a Belisario Peña.